

Una bofetada y la decisión de ser católico

Alfred Delp creció en un entorno ecuménico, y esto, aunque todavía ni siquiera se sabía verdaderamente cómo se escribía esta palabra. Él y sus hermanos se familiarizaron tanto con niños católicos como evangélicos, lo cual en otras familias estaba estrictamente prohibido. Y, mientras otros fueron educados sobre todo para decir Sí y Amén, los padres de Delp dieron importancia a educar a sus hijos como personas conscientes y sin temores. Expresado de forma concisa: En la casa de Delp pasó algo diferente de lo que sucedía en otras familias. Esto no era ningún milagro, ya que los padres con su matrimonio no convencional habían puesto a prueba su valor. Más tarde, cuando Alfred Delp se hallaba en la cárcel, se preocupó de cómo tenía que ser la “Educación del ser humano para Dios”: “Este ser humano ha sido enfermizo e ignorante. Tiene que emplearse un propio e intenso esfuerzo para hacer de nuevo al ser humano espiritual y mentalmente autóctono. De esto forma parte: Una educación para la autonomía, responsabilidad, discernimiento, capacidad de conciencia...”

El padre de Alfred no se mostraba ya tan animoso después de la toma del poder por Hitler, también por temor a su hijo. En la AOK Bensheim, en la que trabajaba desde 1939, especialmente muchos católicos, que evitaban en gran parte el saludo a Hitler, fueron despedidos. A pesar de todo Johann Delp siempre pronunció: “Heil Hitler”. Cuando percibía que alguien se extrañaba por ello, intentaba aclarar su conducta, a algún colega: “... Nuestro chico está con los jesuitas y nosotros tenemos que ser prudentes.”

Alfred Delp tuvo una niñez verdaderamente feliz. Sus cinco hermanos recordaban más tarde que había sido un muchacho típicamente vivaracho, por no decir revoltoso, que había tenido muchas travesuras en la cabeza. Andaba vagando por los jardines y fincas prohibidas y cuando era atrapado les tomaba el pelo a sus perseguidores, saltando sin más ni más sobre el riachuelo Volland. Era alegre y travieso, justamente un muchacho normal.

Los hermanos no comprendieron demasiado de las diferentes opiniones confesionales de los padres. El domingo iban con su madre a la Misa de la Iglesia católica. El padre se quedaba en casa, pero compartía como algo natural el rezo del rosario vespertino. El Dios, con el que Alfred Delp y sus hermanos crecieron, era un Dios en el que se podía confiar, un Dios que no les daba ningún miedo.

“Cuando yo digo temor de Dios, en primer lugar no quiero decir temor ante Dios. No hay una parodia más grande ni una caricatura más grande de lo religioso que querer edificar una religión sobre el temor; y no hay tampoco mayor injusticia frente a Dios, el Señor, que estremecerse servil y abyectacon y calculadoramente y vacilar con temor cobarde que significa que podría perder algo o

que podría ser amenazado peligrosamente por este su Dios. No, el temor de Dios significa en primer lugar que debe descubrirse que Dios es el Señor... Que el ser humano aprenda de nuevo a contar verdadera y personal y prácticamente con Dios como con la última categoría de la realidad, como la valoración decisiva de lo que existe.”

Al principio su padre había estado de acuerdo con que su madre bautizase católicamente a los niños y los educase también católicamente. En Hüttenfeld no había ningún problema para ello. El lugar tenía sólo una única escuela primaria, que era utilizada por los niños de ambas confesiones. La casa de la escuela había sido erigida de nuevo el año del nacimiento de Alfred Delp. Hoy se encuentra en el mismo edificio la escuela primaria. Poco antes de las Navidades de 1.914 la familia se fue a vivir al vecino Lampertheim. Allí había una escuela evangélica y otra católica. Alfred Delp y sus hermanos fueron inscritos en la escuela evangélica. Su madre seguramente hubiera decidido de otra forma. La biografía de Alfred Delp, escrita por Roman Bleistein, concluye sobre la elección de la escuela que el padre ahora de repente había cambiado de parecer y quiso imponer una educación protestante. El párroco católico de Lampertheim, Peter Hammerich, considera que hasta los dieciséis años era muy frecuente adjudicar a los hijos la religión de su padre. Las escuelas confesionales fueron derogadas en el curso de la dictadura nacional socialista de 1.934.

Alfred aprendía muy fácilmente, pero no era ambicioso. Manifiestamente se marchaba de clase a veces sin permiso y con ello desesperaba a sus profesoras y profesores. Años más tarde escribió a María Luttermann: “Entre mi correo de la Primicia (1), que aquí pude examinar con más precisión, también encontré con gran alegría sus saludos. Se puede imaginar cuantos recuerdos despertaron en mí de los primeros comienzos de mi época escolar infinitamente larga... Desde entonces he escuchado a muchos y continuamente diferentes profesores, pero aún no he podido olvidar a los que con mucho amor y paciencia enseñaron al revoltoso pilluelo las primeras nociones. La hubiera saludado con gusto brevemente en Lampertheim. Una vez la vi en el patio de la escuela con su clase, pero no sabía si a usted le sería grato y conveniente así tan en público... Quizás otra vez tenga más suerte. Muchas gracias de corazón por su felicitación y devotos saludos.

Su antiguo pilluelo y fugitivo Alfred Delp S.J.”

La madre educó a los niños con una cierta severidad; el padre era algo más indulgente, como recuerda Friederich, el hermano más pequeño de Alfred, pero él no estaba en casa frecuentemente. La infancia de Alfred cayó en la época de la primera guerra mundial. El padre tuvo que ir al frente y, cuando la guerra terminó, Johann Delp sirvió aún hasta 1.920 en Reichswehr en Darmstadt. Durante este tiempo veía a su familia sólo los fines de semana. Es comprensible que los niños

buscasen un padre suplente. La hallaron en el párroco católico Johannes Unger. Vivía en la vecindad y visitaba con regularidad a la familia Delp, que había hallado un alojamiento en el primer piso del local social católico "Zum Schwanen". Los niños cogieron tanta confianza con él, que su colega evangélico, el párroco Rudolf Eckel, estaba algo envidioso. Éste tenía una personalidad resuelta e impulsiva. Eckel estimaba mucho a Alfred porque el joven escuchaba atentamente en la clase de confirmación y llamaba la atención por las buenas respuestas. El 29 de Marzo de 1921 – lunes de Pascua – fue confirmado Alfred Delp en la Iglesia Lukas de Lampertheim. Cuando después de esto, una vez llegó demasiado tarde a la clase de religión que igualmente daba el párroco Eckel, éste se enfadó. Disgustado pidió Eckel una disculpa y Alfred contestó ingenuamente que había visitado al párroco católico Unger. Eckel que, evidentemente, no tenía ninguna idea de ecumenismo le dio una sonora bofetada. Alfred la recibió como injusta, pero no se dejó intimidar. Desde su punto de vista hizo únicamente lo correcto: buscó consuelo en el párroco católico y pidió el ingreso en la Iglesia Católica. Como él había sido bautizado católico, sólo le faltaba la Confirmación a la que tenía que preceder la Primera Comunión. El párroco se dispuso, por así decirlo, en juicio sumarísimo a reparar lo que faltaba. Alfred Delp había estudiado antes a fondo el catecismo evangélico, así que él se tenía que ocupar ahora de las peculiaridades del dogma católico. El 19 de Junio de 1921, por consiguiente, sólo escasamente tres meses después de su Confirmación hizo la Primera comunión en la Capilla de St. Marienkrankenhaus. Y ya el 28 de Junio de 1921 pudo Alfred Delp ir a la Iglesia de St. Andreas para confirmarse con otros niños católicos de Lampertheim.

Estos acontecimientos extraordinarios en estrecha sucesión temporal, muestran claramente lo obstinado y muy resuelto que era Alfred Delp ya en sus años jóvenes. Pero también muestran qué papel pueden jugar los adultos en el desarrollo religioso de los jóvenes. Si el párroco evangélico se hubiera conducido más prudentemente, hubiese tratado de forma más empática con los niños, Alfred Delp apenas hubiera pensado en cambiar de parecer. Pero tampoco puede pasarse por alto que la fe católica de la madre fue formativa para Alfred Delp. El desgarramiento confesional en definitiva condujo a que Alfred Delp hoy "pertenzca" a todos, católicos como protestantes por igual – del mismo modo que Dietrich Bonhoeffer es venerado no sólo por los evangélicos sino también por los católicos.

Gemeinsam gegen Hitler

Elke Andrass, págs. 20-24

(1) Primera Misa